

El Perromin 10 céntimos

AÑO III

Revista para los jóvenes

MADRID

NUM. 99

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



Premio extraordinario y Medalla de oro en el Congreso Nacional Catequístico de Zaragoza.

de los apeninos a los andes



CONTINUACIÓN

tuvo malos negocios, y se fué. Dicen que se fué a Bahía Blanca, muy lejos de aquí, y murió apenas llegó allá. La tienda es mía. El muchacho palideció. Después dijo precipitadamente: —Merelo conocía a mi madre, la cual estaba aquí sirviendo en casa del señor Mequínez. El sólo podría decirme dónde está. He venido a América a buscar a mi madre. Merelo le mandaba las cartas. Necesito encontrar a mi madre. —Hijo mío—respondió la señora—, yo no sé de eso. Puedo preguntarle al muchacho del corral, que conoce al joven que le hacía los encargos a Merelo. Puede ser que éste sepa algo. Fué al fondo de la tienda

y llamó al chico, que llegó en seguida. —Dime—le preguntó la tendera—, ¿recuerdas si el dependiente de Merelo iba alguna vez a llevar cartas a una mujer que estaba de criada en casa de hijos del país? —En casa del señor Mequínez—respondió el muchacho—; sí, señora, a una vez. A lo último de la calle de las Artes. —Ah! ¡Gracias, señora!—gritó Marcos—. Dígame el número... ¿no lo sabe? Hágame acompañar, acompáñame tú mismo en seguida, chico. Aún tengo algunos cuartos. Y dijo esto con tanto calor, que, sin esperar la venia de la señora, el muchacho respondió: —Vamos—y salió el primero a

muy ligero paso. Casi corriendo, sin decir una palabra, fueron hasta el fin de la larguísima calle; atravesaron el portal de una pequeña casa blanca y se detuvieron delante de una hermosa cancela de hierro, desde la cual se veía un patio lleno de macetas de flores. Marcos llamó a la campanilla. Apareció una señorita. —Vive aquí la familia Mequínez, ¿no es verdad?—preguntó con ansiedad el muchacho. —Aquí vivía—respondió la señorita, pronunciando el italiano a la española—. Ahora vivimos nosotros: la familia Ceballos. —¿Y a dónde han ido los señores Mequínez?—preguntó Marcos, latándole el corazón. —Se



han ido a Córdoba. —¡Córdoba!—exclamó Marcos:— ¿dónde esté Córdoba? ¿Y la persona que tenía a su servicio? La mujer, mi madre, la criada era mi madre. ¿Se han llevado también a mi madre? La señorita le miró y dijo: —No lo sé. Quizás lo sepa mi padre, que los vió cuando se fueron. Espérate un momento. Se fué, y volvió con su padre, un señor alto, con la barba gris. Este miró fijamente un momento a aquel simpático tipo de pequeño marinero genovés, de cabellos rubios y nariz aguileña, y le preguntó en mal italiano: —¿Es genovesa tu madre? Marcos respondió que sí. —Pues bien; la criada

genovesa se fué con ellos, estoy seguro. —¿Y a dónde han ido? —A la ciudad de Córdoba. El muchacho dió un suspiro; después dijo con resignación: —Entonces iré a Córdoba. —¡Ah, pobre niño!—exclamó el señor mirándole con lástima—. ¡Pobre niño! Córdoba está mil leguas de aquí. Marcos se quedó pálido como un muerto y se apoyó con una mano en la cancela. —Veamos, veamos—dijo entonces el señor, movido a compasión, abriendo la puerta: —entra un momento, veremos si se puede hacer algo. Siéntate—. Le dió asiento, le hizo contar su historia, estuvo escuchándole muy atento y se quedó un rato pensati-

vo; después le dijo con resolución: —Tú no tienes dinero, ¿no es verdad? —Tengo todavía, pero muy poco—respondió Marcos. El señor estuvo pensando otros cinco minutos; después se sentó a una mesa, escribió una carta, la cerró, y dándosela al muchacho, le dijo: —Oye, italianito, ve con esta carta a Boca. Es una ciudad pequeña, medio genovesa, que está dos horas de camino de aquí. Todo el que te encuentre te puede indicar el camino. Ve allí y busca a este señor, al cual va dirigida la carta, y que es muy conocido. Llévale esta carta. El te hará salir mañana para la ciudad de Rosario, y te recomendará a alguno



de allí que podrá proporcionarte que sigas el viaje hasta Córdoba, en donde encontrarás a la familia Mequínez y a tu madre. Entre tanto, toma esto. Y le dió algunas pesetas. Anda y ten ánimo; aquí hay por todas partes compatriotas tuyos, y no te abandonarán. Adiós. El muchacho le dijo: —Gracias. Sin ocurrírsele otras palabras salió con su cofre, y despidiéndose de su pequeño guía se puso en camino lentamente hacia Boca, atravesando la gran ciudad llena de tristeza y de estupor. Todo lo que sucedió desde aquel momento hasta la noche del día siguiente le quedó

después en la memoria, confuso e incierto como sueños de calenturiento: ¡tan cansado, turbado y debilitado se encontraba! Al día siguiente, al anochecer, después de haber dormido la noche antes en un cuartucho de una casa de Boca, al lado de un almacén del muelle; después de haber pasado, casi todo el día sentado sobre un montón de maderos y, como entre sueños, enfrente de millares de barcos, de lanchas y de vapores, se encontraba en la popa de una barcaza de vela, cargada de frutas, que salía para la ciudad de Rosario, conducida por tres robustos genoveses, broncea-

dos por el sol, la voz de los cuales y el dialecto querido que hablaban llevó algunos bríos al ánimo de Marcos. Salieron, y el viaje duró tres días y cuatro noches, siendo continua admiración para el pequeño viajero. Tres días y tres noches remontó aquel maravilloso río de Paraná, en cuya comparación su gran río Pó no es más que un arroyuelo, y la extensión de Italia, cuadruplicada, no alcanza la de su curso. El barco iba lentamente a través de aquella masa de agua incommensurable. Pasaba



DIOS PREMIA A LOS HIJOS OBEDIENTES

En Francia, cerca de Tolosa, vivió una niña llamada Germana; siendo pequeñita tuvo la desgracia de perder a su madre, y casado otra vez su padre, la madrastra la trataba cruelmente, haciéndola trabajar mucho y dándole muy poco de comer. Germana nunca se quejaba de tan crueles tratos y obedecía siempre con gran gusto y alegría. Era una niña muy piadosa, y le gustaba pasar los domingos en la iglesia, en compañía de Jesús Sacramentado; pero si la madrastra, por molestarla y privarla de ese gusto, la mandaba alguna cosa, Germana obedecía al punto, sin replicar y con gusto, como si el mandato fuese de Dios. Al fin, el Señor premió a la niña tan buena. La Santísima Virgen, con su ejército de Santas Vírgenes, bajó del cielo para asistir a la muerte de Germana, que tuvo lugar siendo aún niña, y recogiendo su alma la llevó triunfante al cielo. Aquella niña es hoy Santa Germana de Cousin, a quien los amiguitos de JEROMIN deben tomar como modelo.

ROMPECABEZAS SENCILLO (DE PUCK)



SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR

UTIL Y RECREATIVO



1.° La posición que tiene Jeromin con la bandera indica la letra G.



2.° La posición de las manos indica las letras S, T y U.



3.° Sombras chinescas: Un ganso.



Cascarilla ★ PANCHO Y FARINA ★ Maravillosa Historia de Jeromin ★ MIKI, MICI Y MIAU ★ Repollo



El director, para celebrar el éxito de una película, ha obsequiado con puros habanos a los artistas.



Cascarilla, que está en la azotea, al ver salir tanto humo por la chimenea, cree que se trata de un incendio.



Y muy diligente comienza a echar cubos de agua para sofocar el siniestro.



Y lo que sofocó, como veis, fué el entusiasmo de los artistas, que no se explicaban aquella ducha inesperada.



Tampoco se explicaba Cascarilla el porqué le hacían volar en pago de su celo por los intereses del amo.



ME CANSO DE REMAR, FARINA.



ESTO ES UNA NAUVE EN TODA REGLA.



QUE OS PARECE MI IDEAL.



MIRA, PREFIERO QUE NOS SIRVA EL OTRO CHICO.



¡CIELOS, ESE ES MI RELOJ!



El «Mantecas» y «Colilla» han saltado al Juncal donde JEROMIN y Luisita pasan el rato jugando con un mecedor. «Vamos, dice el «Mantecas», quitáreis el mecedor para divertirnos nosotros.



las flores, se asustó y soltó el cubo para huir. «Mantecas», dueño del mecedor, comenzó a reír, con gran regocijo, empujado por «Colilla», que también se reía de la trastada que habían jugado.



cas» metió el pie por el asa del cubo y se le por montera al «Colilla», que estaba de frente, propinándole una ducha magnífica, y como tenía el permitido en el asa del cubo, al retroceder el mecedor cayó al suelo, con gran detrimento de las posadas.



¡PLAF!



¡PLAF!



«Vamos allá», asiente «Colilla», y llegando de improviso el «Mantecas» dió un empujón a JEROMIN, que era el que estaba en el mecedor. Luisita, que tenía en la mano un cubo de agua para regar



JEROMIN y a Luisita. Pero no habían contado con la huésped; y la huésped fué el cubo que soltó Luisita cerca del mecedor, y ocurrió que, al tomar fuerza los vaivenes, en uno de éstos «Mante-



ras. Mientras los dos golfos, chasqueados, chillaban, JEROMIN se apoderó del mecedor, y, subiendo en él a Luisita, siguieron su interrumpido entretenimiento, riendo al ver huir a «Colilla» llevada a rastras al «Mantecas», enredado en el asa del cubo.



¡BUMP!



¡BUMP!



¡AHÍ VA, MICI, QUE SE TE CAE EL MONDO ENCIMA! ¡JA, JA, JA, JA!



¡VERÁS AHORA! LA VENGANZA VA A SER CRUEL!



¡COTIZO? PUES SE TE VA A CAER OTRA VEZ ENCIMA, MICHÍ, JA JA JA!



¡SOCO, RRO, MAMA, MAMA!



¡Y VOTE CORRESPONDÓ AGRADECIDA!



—Voy a dar mi acostumbrado paseo. Me arreglaré bien para llamar la atención de la gente.



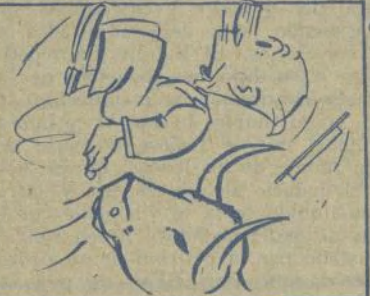
—¡Si tendré cara de valiente! En cuanto me ven salen huyendo como liebres.



—¡Qué gusto da el que le tengan a uno miedo! Si sentara plaza, creo que llegaba a general.



—¡No teman, señores! Que no me como a los niños crudos!... ¡Nada! Tal miedo me tienen que no vuelven la cara.



—¡Caracoles! ¡Qué equivocación! ¡El miedo era a la vaca! ¡Socorro! ¡Qué me den un capote!





Cuentos fantásticos

HISTORIA DEL PRINCIPE AMED Y DE LA HADA

(Continuación.)

Después que prodigaron a la maga las más cariñosas atenciones y le propinaron un poderoso medicamento, ésta dijo que se hallaba completamente buena, y las damas que la asistían la acompañaron por el palacio, enseñándole lo más notable que en él había, por lo cual ella dió las gracias a Parí Banu y se despidió, muy satisfecha de lo bien que la trama le había salido. Apenas atravesó la puerta dió algunos pasos atrás para reconocerla, mas había desaparecido de la vista; no obstante, volvió a la ciudad altamente satisfecha y refirió al Sultán todo lo que había visto, por lo cual fué largamente recompensada. Aquella misma noche habló el Sultán al Príncipe en estos términos: «Acabo de saber en qué consiste tu felicidad y apruebo tu casamiento con una hada tan rica y poderosa. Sólo deseo que sigas viviendo conmigo en la misma armonía en que has vivido hasta el presente y que me ayudes en los apuros que tenga. Desearía que me demostrases el cariño que me tienes, pidiendo a tu hada una tienda que se pueda llevar en la mano y bajo la cual pueda acampar todo mi ejército en tiempo de guerra.» Amed quedó desagradablemente sorprendido al ver que le había descubierto



el misterio de su vida; pero contestó a su padre en términos respetuosos y prometió pedir a su esposa la tienda de campaña. Cuando el Príncipe volvió a la presencia de Parí Banu, ésta conoció que iba preocupado y le interrogó cariñosamente la causa de su tristeza. Amed le reveló el deseo del Sultán, mas Parí Banu prorrumpió en una estrepitosa carcajada al ver que se afligía por tan poca cosa, y a los pocos momentos entregó a Amed una tienda que podía ser escondida en un puño y que además tenía la virtud de hacerse más grande o más pequeña, según la gente que debiera cobijar. El Príncipe se apresuró a ir a la capital de su padre y entregó a éste la mágica tienda, que dejó admirados a todos los cortesanos. El Sultán dió repetidas gracias a su hijo en presencia de la corte, y acto continuo, por insinuación de la maga, como había hecho la primera vez, le suplicó que le trajese un vaso de agua de la fuente de los leones, que se hallaba en el palacio de su esposa y cuyo maravilloso líquido tenía la virtud de curar toda clase de enfermedades. Amed volvió algo disgustado por la petición de su padre y temeroso de que Parí Banu no pudiese acceder a sus deseos. Mas el hada, al saber la nueva petición del Príncipe, le dijo: «Voy a satisfacer a vuestro padre, aunque es peligroso el conseguir lo que desea, pues la fuente está en un alcázar guardado por cuatro leones, dos de los cuales duermen mientras los otros dos vigilan; mas yo os ayudaré para que podáis conseguir el agua sin peligro de la vida. Tomad una botella,

cuatro pedazos de carne y este ovillo; mañana, al amanecer, saldréis montado a caballo por la puerta de hierro; arrojad el ovillo, que se detendrá a la entrada del alcázar donde está la fuente; al llegar allá se despertarán los leones, pero no os intimidéis: echadles la carne, y mientras la comen, llenad la botella y volvedos a todo galope. Hizo Amed lo que le había aconsejado el hada, y ya salía con su botella, cuando vió que los leones le venían al alcance, por lo que huyó precipitadamente y no cesó de correr hasta el palacio de su padre. Presentó el Príncipe al Sultán la maravillosa agua de la fuente y le contó los extraordinarios medios de que se había valido para conseguirla. El Sultán se retiró entonces a las habitaciones del palacio a conferenciar con la maga, y al día siguiente mandó llamar a su hijo, y, una vez que le tuvo en su presencia, le dijo: «Para convencerme del gran cariño que me profesas, te voy a hacer la última petición, y es que me traigas un hombre que no tenga más que pie y medio de altura, con una barba de treinta pies de larga y que lleve al hombro una barra de hierro que pese quinientas libras, y de la que se sirva como de bastón, y que sepa hablar. «Veré el modo de traerlos lo que deseáis, mi querido padre», respondió el Príncipe, más apesadumbrado que la segunda vez y temiendo que aquella pretensión no se podía realizar. Cuando el joven llegó al palacio de la hada y dijo a ésta los deseos del Sultán, Parí Banu le contestó: «No os

(Continuará.)

Dentro de poco comenzaremos a publicar la emocionante novela infantil, titulada «Miguelín», escrita expresamente para JEROMIN por el brillante e inspiradísimo M. G. Bengoa, tan conocido y celebrado por nuestros lectores.

LA LIEBRE Y LA TORTUGA FÁBULA



Viendo una tortuga que una liebre se burlaba de sus pies, le invitó a correr juntas para ver cuál de las dos llegaría antes al término señalado. Eligieron por juez a la raposa, por ser astuta, pero sucedió que, fiando en su ligereza, la liebre quiso descansar un momento en el camino y se durmió, mientras la tortuga no cesó de caminar, sin correr, llegó mucho antes al sitio indicado y ganó la apuesta.

La perseverancia y la diligencia son más poderosas que la fuerza corporal.

Esopo.

El papel.

El tra
bra D vicios, le da paz y
p D peridad y le D egura
una vez tr S y dic
to 2 Lo Oistas D ben di tur
guirse X su apli Kción y NOTA
voriosidad; con ello se con
quist n f dich
bien E tar y con irán al
engran D cimiento D nues
tra querida E paña.

Solución de la carta anterior.

El que, desde un principio, no corrige las malas inclinaciones, llegará a ser esclavo de los vicios, inutilizándose para el bien; con ello se conquistará el menosprecio de todos y llevará una vida desgraciada, llena de amarguras y penas.

JEROMÍN.



Los jeroministas de Talavar (Cáceres), que son muchos y muy entusiastas, han tomado muy en serio el borrar en dicho pueblo, del noble idioma español, las blasfemias y palabrotas groseras. Se ve que son chicos de exquisito gusto y amantes de la cultura, pues en nada se revela mejor la cultura y delicadeza de gusto como en la corrección y propiedad del lenguaje. JEROMÍN felicita efusivamente a sus amiguitos de Talavar; pero les aconseja moderación en su noble empeño.

El ejemplo y el prudente consejo y advertencia logran siempre más fruto que la violencia. Los jeroministas han de ser valientes y activos, pero no camorristas.

Grupo «jerominista» de Pedreña (Santander).—Presidente, Marcelino Gutiérrez; Socios: Carmen Marcos, Antonia Marcos, Luisa Marcos, Arsenio Gutiérrez, Rosario Lavín, Pedrito Marcos, Secundino Gutiérrez, Domitilia Crespo, Trinidad Marcos, Abilio Crespo, Feliciano Lavín.

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

Campo blanco,
siniente negra
y cinco bueyes
aran en ella.
(La solución en el próximo.)

SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR

La España Gloriosa



lles, visitaba las cárceles, inspeccionaba los tribunales, examinaba las causas de los encarcelados, oía sus quejas, proponía recompensas y castigos, descubría fraudes, beneficiaba al tesoro público con inmensas cantidades y cautivábase en su interés el ánimo de su amigo, a la vez que ganaba fama entre los soldados.

Deseoso el duque de Osuna de abatir el insuperable orgullo de Venecia, solapada enemiga de España, encomendó a Quevedo la misión delicadísima de trasladarse, con el mayor secreto, a Venecia para estudiar con nuestro embajador los medios de asegurar la tranquilidad de Lombardía y salvar nuestros intereses. Quevedo llegó disfrazado a Venecia; pero las autoridades tuvieron noticia de su llegada, y, temiendo por la libertad de la República, mandaron ahogar a muchos extranjeros, sacrificando más de 600 víctimas. Con hábito y ademanes de mendigo, todo haraposo e imitando con arte sumo el acento italiano, se escapó Quevedo de los esbirros que le perseguían para matarle; entre ellos estuvo, y ellos le observaron, sin sospechar que era el extranjero a quien había mayor interés en capturar. El Senado tuvo que contentarse con quemar en efígie a Quevedo, mientras éste, salvando mil peligros, llegaba a Nápoles, y los venecianos con llamarle *nigromante* y con publicar un libro contra nuestro escritor, lleno de calumnias y maldades.

Las intrigas del duque de Uceda enfriaron la amistad del duque de Osuna con Quevedo; pero cuando aquél, desposeído de su cargo, calumniado y sometido a un proceso, volvió a España, el gran escritor se puso resueltamente de su parte, diciendo con verdad que «don Pedro Téllez de Giron era ministro tal, que nunca tuvo otro más grande en España», y esto le valió ser encerrado primero en Uclés y después recluido en la Torre de Juan Abad, donde permaneció hasta la muerte de Felipe III. Allí aliviaba la soledad de su encierro con las ciencias y las musas; allí escribió las poesías más burlescas y de mayor chanza que hay en sus obras y describió la deshecha borrasca de los favoritos del rey y terminó sus *Sueños*.

El conde-duque de Olivares, favorito del nuevo rey Felipe IV, llamó a Madrid al gran poeta, que también le había hecho blanco de sus sátiras, y le ofreció puestos tan importantes como el de embajador en Venecia; pero Quevedo los rehusó, aceptando, en cambio, el cargo de secretario del rey.

Excitado a escribir una comedia para obsequiar a los reyes en la noche de San Juan, compuso la titulada *Quien más miente medra más*, salpimentada de pullas contra el matrimonio. Representóse la comedia, que irritó a las damas de palacio, las cuales se conjuraron para vengarse de Quevedo casándole; pero el gran poeta se defendió con sumo valor y sagacidad. Buscaron las damas en su apoyo algún marido pacífico; pero les desconcertó el poeta con los terribles fuegos de la *Sátira del matrimonio*; la esposa del conde-duque de Olivares señaló a Quevedo, como en burlas, muy estrecho plazo para casarse, y se brindó a buscarle novia, dejando al arbitrio del sabio escritor la elección de las prendas que habían de adornarla; y fueron tales

ARAGÓN, ASTURIAS Y NAVARRA



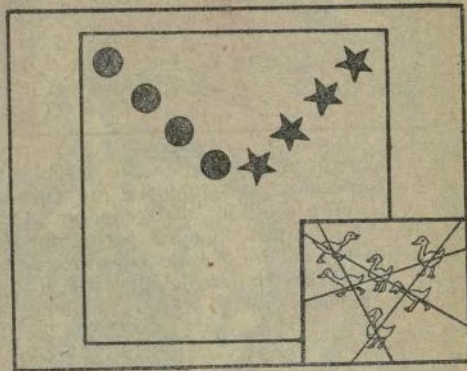
las calidades que donosamente señaló Quevedo, que la mujer del favorito del rey hubo de renunciar a su empeño.

Mas lo que no pudieron conseguir las intrigas y conjuras femeninas lo alcanzó la modestia y la virtud de doña Esperanza de Aragón y de la Cabra, a quien conoció Quevedo en Cetina, y de la cual quedó tan prendado que hizo cuanto pudo pa-

ra apresurar la fecha de su casamiento. Desgraciadamente, aquella unión fué muy corta: a los ocho meses de matrimonio, hallándose Quevedo en la Torre de Juan Abad, adonde le llamaron de Cetina graves asuntos, recibió la triste nueva de la muerte de su esposa, golpe que desgarró su corazón, porque, decía, «no esperaba hallar otra esperanza».

(Continuará.)

ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos del uno al cuarenta y cuatro y veréis dónde va subido el negrito.—2.º ¿Cómo cortaríais el cuadro en cuatro partes iguales y de forma que cada parte tenga un punto y una estrella?—La solución en el próximo. El cuadrado pequeño es la solución del rompecabezas del número anterior.

(La solución, en el número próximo.)

JEROMIN, la revista para jóvenes más artística, amena e instructiva.

Con censura eclesiástica.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un ejemplar, 5,20 pesetas al año.

Por paquetes de cinco ejemplares en adelante, a razón de ocho céntimos ejemplar.—Número suelto, 10 céntimos.—Pagos adelantados.

Dirección y Administración: Calle Mayor, número 92, pral. izquierda. Madrid.

Teléfono 18.491.



«Fuera de mi puerta, id a divertirlos a otro sitio!»—gritaba el viejo avaro Samuel a unos chiquillos que patinaban enfrente de su casa en ocasión en que él se dirigía a depositar en un banco una respetable suma que llevaba en una maleta—. «Ya podéis estar en la escuela!»—seguía gruñendo el viejo—. Los muchachos, al principio, quedaron sus-



pensos, pero pronto se tranquilizaron al reconocer al viejo Samuel, cuyo mal genio era proverbial en el barrio. Así que se callaron y esperaron a que se terminara el chaparrón, que sería inmediatamente que el viejo doblara la esquina. Una vez que el avaro se perdió de vista, los muchachos comentaron alegremente la repasata del vejete y se



dispusieron a reanudar sus inocentes juegos, tan extemporáneamente interrumpidos. ¡Qué bien se patinaba delante de la casa del viejo Samuel! Era el trozo mejor asfaltado de la calle. Iba tranquilamente nuestro hombre por la calle haciendo balance mental de sus últimos negocios, cuando al embocar en una calleja solitaria se le acercó un in-



dividuo de mala traza que, sin dirigirle siquiera la palabra, le arrebató la preciosa maleta y emprendió precipitadamente la huida. Samuel, sin salir de su asombro, comenzó a gritar: «¡Al ladrón! ¡Que me roban! ¡Socorro!» Pero todo en vano. El ladrón había doblado



la esquina y ninguno de los vecinos que a las voces del viejo se asomaron a las ventanas, lograron ver siquiera al «caeco». Mas éste, que iba ciego en su huida, no advirtió a los tres niños que se entretenían en patinar frente a la casa del avaro, por lo cual fué a dar violen-



tamente con ellos, saliendo todos rodando y calléndosele el maletín de las manos. El «caeco», completamente asustado, pues se figuró que lo que había ocurrido al azar era debido a la gente que había salido en su persecución, así que se pudo levantar, no pensó más que



en escapar lo más rápidamente posible de sus supuestos perseguidores, sin cuidarse, lo más mínimo, de recuperar el maletín. Los chicos, por su parte, una vez repuestos del inesperado encontronazo, y de la veloz huida del que los había atropellado, recogieron el maletín



que aquél abandonó, empezando entonces a sospechar la causa del encontronazo, así como la fuga, pues acababan de reconocer que aquel maletín era el que, momentos antes, habían visto al viejo Samuel. En efecto, a poco aparecía el viejo resollando de fatiga, y casi



se muere de alegría al ver el maletín en poder de sus vecinitos. Llamó a su sobrina, Nancy, para que tuviera el maletín, y mostró a los pequeños su agradecimiento recompensándolos espléndidamente, por primera vez en su vida.

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



Churrete, llevado al hombro de cuatro negritos sobre unas patibulas, quiso presenciar la emocionante caza del tigre,



y disfrutaba la mar con las peripecias de ella. De pronto, entre unas matas, recibió la cabezota de un terrible y fu-



rieso felino, esto es, de un tigre, que lanzó un formidable rugido. ¡Qué miedo!

(Continuará.)

